

LA BIBLIA NUESTRA HERENCIA Y NUESTRO LEGADO. Algunas consideraciones.

Andrés San Martín Arrizaga

25 de abril de 2025.

"Mi veneración por la Biblia es tan grande, que mientras más pronto comiencen mis hijos a leerla, mayor será mi esperanza de que se conviertan en ciudadanos útiles para su país y miembros respetables de la sociedad."¹

Las palabras que acabo de citar, no son las de un pastor, ni un teólogo, o de ningún líder en su iglesia local, ni siquiera palabras que un servidor haya dedicado a sus amados hijos. Sino son las palabras que el sexto presidente de Estados Unidos, John Quincy Adams, dedicó a su hijo George en septiembre de 1811. Si bien escribe a su hijo, deja claro que para él, la única manera de llegar a ser un buen ciudadano, era allegándose a las páginas de la Biblia.

Era el medio día de un primaveral 18 de abril de 1521, cuando en la Catedral de la ciudad alemana de Worms, un recién excomulgado monje, Martín Lutero, dijo unas breves pero memorables palabras que marcaron la historia del cristianismo... "Mi conciencia está cautiva de la Palabra de Dios"².

Pero es pertinente preguntar: ¿cómo llegó a tomar forma esa Palabra de Dios de la cual Martín Lutero afirmaba estar cautivo? A lo largo de los siglos, la Biblia ha sido mucho más que un libro sagrado para millones de creyentes; ha sido también una fuente inagotable de sabiduría, consuelo, inspiración y transformación para la humanidad. Su influencia ha traspasado los límites de la religión, dejando una huella profunda en la cultura, la ética, el arte, la literatura, el derecho y la vida cotidiana de diversas civilizaciones. Como herencia espiritual, la Biblia transmite valores universales como la justicia, la misericordia, el amor al prójimo y la esperanza en medio del sufrimiento. Pero también nos deja un legado histórico, lingüístico y social que merece ser explorado con atención. Esta presentación entonces, tiene como propósito reflexionar sobre esa herencia que nos deja la Biblia: su impacto en la formación de la conciencia moral, su papel en el desarrollo de las sociedades occidentales y su continua relevancia en el mundo contemporáneo.

Espero que la podamos encontrar en cada una de nuestras casas, escritorios, tal vez incluso tenemos alguna en nuestras maletas que llevamos al trabajo, y por supuesto, en nuestros templos. Pero en muy escasas ocasiones se responde a la pregunta: ¿y qué es la Biblia y cómo llegó a

¹ Adams, J. Q. (2002). The biblical lessons of John Quincy Adams for his son. Vision Forum, pp. 13.

² Lutero, M. (2017). *Obras* (T. Egido, Ed.). Ediciones Sígueme, pp. 175.

nosotros? Es en ese contexto que hemos llegado a hablar de la Biblia como "un libro," pero sabemos que estrictamente hablando es un conjunto de libros; son sesenta y seis: treinta y nueve en el Antiguo Testamento y veinte y siete en el Nuevo. La Biblia es "un libro" solamente en dos sentidos: (1) su contenido está impreso y encuadernado en un solo volumen; (2) esta unidad externa se basa en el hecho eterno y por sobre todo vital, de que esta colección de escritos constituye para cristianos la Palabra de Dios inspirada y autoritativa, la Revelación de su pensamiento y voluntad a la humanidad. Es interesante recordar que la palabra "biblia," originalmente no era singular (Biblion) "libro" sino plural (Biblia) "los libros," significando los libros sagrados, las sagradas Escrituras aceptadas por los cristianos como la única Palabra de Dios, aunque compuesta de esos sesenta y seis escritos separados.

Todo libro, y por esto toda colección de libros, antes de que fuese copiado o impreso o reproducido de otro modo, debe haber sido compuesto y escrito. Pues bien, el acto de escribir puede haber sido llevado a cabo por el autor o por algún otro escribiente bajo su dirección. Esto es tan verdadero acerca de los libros de la Biblia así como de cualquiera otro escrito. Sus sesenta y seis libros fueron escritos, después copiados, traducidos a otros idiomas, copiados de nuevo, después impresos y vueltos a imprimir en billones de copias como la tenemos. Pero mucho antes de estas copias impresas de la Biblia traducida como un todo, se halla en los siglos muy antiguos el escrito en el antiguo hebreo y griego de cada uno de los sesenta y seis libros que componen nuestra Biblia. Hemos de pensar juntos de cómo este maravilloso Libro o colección de libros, vino a escribirse: Su Autor divino, sus escritores humanos, los medios empleados para escribir.

Entre los innumerables escritos que la humanidad ha producido, copiado, traducido, preservado e impreso a lo largo de los siglos, ninguno ocupa un lugar comparable al de la Sagrada Escritura. Ningún otro libro ha ejercido una influencia tan profunda sobre la historia de la humanidad, sobre el desarrollo de las civilizaciones, sobre la formación del pensamiento occidental y sobre la vida espiritual de millones de personas como esta colección de sesenta y seis libros que conocemos con el nombre de Biblia. Ninguna otra obra ha sido objeto de un estudio tan constante, de una difusión tan extraordinaria, de una traducción tan extensa y, al mismo tiempo, de una oposición tan persistente. Desde hace más de dos milenios ha sido amada, defendida, perseguida, prohibida, ridiculizada y atacada con una intensidad que difícilmente encuentra paralelo en la historia del pensamiento humano. Precisamente porque ningún otro libro afirma con tanta claridad hablar con la autoridad del Dios vivo.

Sin embargo, no todos contemplan la Biblia desde la misma perspectiva. Existen quienes jamás han abierto sus páginas y nada conocen de su contenido; otros han oído hablar de ella, reconocen su importancia cultural o religiosa, pero jamás han sentido un interés genuino por estudiarla. También están aquellos cuya aproximación se limita a una curiosidad intelectual o a un interés histórico relativamente superficial, considerándola únicamente como

una obra representativa del pensamiento religioso de la antigüedad. Finalmente, existe un importante grupo de investigadores, historiadores, filólogos y críticos literarios que estudian las Escrituras con el mismo interés científico con que examinarían cualquier otra gran colección de documentos antiguos. Para ellos, la Biblia constituye una fuente excepcional para comprender el desarrollo histórico del antiguo Israel, del judaísmo y del cristianismo primitivo, del mismo modo que un estudioso de la literatura aprecia el inmenso valor del Quijote de la Mancha para la lengua castellana, de Shakespeare para la literatura inglesa o de Goethe para la tradición alemana. Nadie cuestiona el inmenso aporte cultural de semejantes obras, ni la profundidad intelectual de sus autores; pero ninguna de ellas reclama haber sido pronunciada por Dios mismo.

Precisamente en este punto aparece la diferencia esencial entre la Biblia y cualquier otra obra producida por la humanidad. Para el cristiano, las Escrituras no constituyen simplemente una colección extraordinaria de documentos religiosos, ni una fuente privilegiada para reconstruir acontecimientos históricos, ni siquiera el más sublime monumento literario jamás escrito. Todo ello puede afirmarse de la Biblia y seguir siendo insuficiente. Para la fe cristiana, la Biblia no solo es un libro excepcional; imperativamente debe ser mucho más que un libro humano. Su autoridad no procede de la admiración que ha despertado durante los siglos, ni de la influencia cultural que ha ejercido sobre las naciones, ni del reconocimiento que le otorgan historiadores o especialistas. Su autoridad descansa exclusivamente en el hecho de que constituye la Revelación escrita de Dios para la humanidad.

Sostenemos, por tanto, que la Biblia es la única Revelación objetiva y suficiente que Dios ha concedido a los hombres para darles a conocer la verdad acerca de sí mismo, de su voluntad y de su obra redentora en Jesucristo. Los escritores sagrados fueron hombres reales, pertenecientes a contextos históricos concretos, dotados de estilos, vocabularios y personalidades perfectamente distinguibles; sin embargo, mientras escribían, fueron sostenidos, dirigidos y preservados por la acción inmediata de Dios. Aquella asistencia divina no consistió simplemente en una providencia semejante a la que acompaña ordinariamente toda la vida del creyente, sino en una intervención extraordinaria y sobrenatural mediante la cual el Espíritu Santo comunicó su revelación y condujo a los autores bíblicos para que consignaran exactamente aquello que Dios quiso revelar a su Iglesia. En consecuencia, la Biblia no constituye únicamente un conjunto de reflexiones religiosas acerca de Dios, sino la Palabra que Dios mismo dirige al hombre mediante autores humanos escogidos para tal propósito.

En otras palabras, confesamos que las Sagradas Escrituras fueron no solamente inspiradas, sino también reveladas por Dios de una manera tan verdadera, objetiva y personal que continúan siendo hoy, en pleno siglo XXI, la voz misma del Señor hablando a su Iglesia. Cuando el creyente abre sus

páginas, no se encuentra simplemente ante el pensamiento religioso de Israel o de la Iglesia apostólica, sino ante el testimonio escrito del Dios vivo acerca de sí mismo y de su relación con la humanidad. La distancia de los siglos no ha disminuido en absoluto la autoridad de esa Palabra, porque Aquel que habló por medio de profetas y apóstoles continúa hablando mediante las mismas Escrituras que inspiró.

Por esta razón, los cristianos no solamente podemos afirmar, sino que estamos obligados a confesar, que las Escrituras del Antiguo y del Nuevo Testamento, dadas por inspiración de Dios, constituyen la única regla suficiente, autoritativa y normativa para todo aquello que concierne al conocimiento salvador, a la fe y a la obediencia cristiana. Ninguna tradición eclesiástica, ninguna autoridad humana, ningún consenso académico, ningún sistema filosófico ni ninguna experiencia religiosa posee autoridad para corregir, complementar o relativizar aquello que Dios ha revelado en su Palabra escrita. La Iglesia no confiere autoridad a las Escrituras; por el contrario, existe únicamente porque esa misma Palabra la llamó a la existencia y continúa sosteniéndola por medio de la predicación del Evangelio.

Esta confesión, semejante a muchas otras formuladas a lo largo de la historia de la Iglesia, ha dado origen a numerosas discusiones respecto del modo, la extensión y las implicancias de la inspiración divina. Sin embargo, más allá de las diferencias existentes en torno a determinados aspectos de esta doctrina, permanece inalterable una convicción fundamental: los sesenta y seis libros que componen el canon bíblico constituyen verdadera y plenamente la Palabra de Dios. Dicha convicción no descansa sobre una fe ciega ni sobre un sentimiento religioso subjetivo, sino principalmente sobre dos fundamentos inseparables. El primero es el propio testimonio que las Escrituras ofrecen acerca de sí mismas; el segundo es el testimonio constante de la experiencia cristiana, confirmado una y otra vez en el transcurso de la historia de la Iglesia, donde la eficacia transformadora de la Palabra ha sido reconocida generación tras generación.

Otra forma en que la Biblia da testimonio de sí misma como la verdadera Palabra de Dios y como la auténtica Revelación del Dios vivo es por medio de su propio contenido, de la grandeza de su carácter y de los frutos que ha producido ininterrumpidamente a lo largo de la historia. Este argumento, por sí solo, probablemente no convencerá a quien se acerca a las Escrituras con un escepticismo previamente establecido o con presupuestos filosóficos que niegan de antemano toda posibilidad de una revelación sobrenatural. Sin embargo, ello no disminuye en absoluto su extraordinaria fuerza para quienes examinan honestamente el fenómeno bíblico. A lo largo de los siglos, innumerables pensadores, teólogos, historiadores, filósofos y hombres de ciencia, junto con incontables creyentes sencillos pertenecientes a las más diversas épocas y culturas, han reconocido en la Biblia características que difícilmente pueden explicarse si se la considera únicamente como una producción religiosa de origen humano. El Libro mismo, tanto por lo que es

como por lo que produce, conduce naturalmente al convencimiento de que su origen trasciende las capacidades ordinarias del hombre. Precisamente por ello, Henry Rogers³ expresó una de las observaciones más penetrantes acerca de las Escrituras al afirmar que *«la Biblia no es un Libro tal como el hombre pudiera haberlo escrito si hubiera querido, o hubiera querido escribirla si hubiese podido.»* En esta breve afirmación se resume una convicción sostenida durante siglos por la Iglesia: la Escritura posee una unidad, una profundidad doctrinal, una coherencia interna y una autoridad moral que sobrepasan cuanto razonablemente podría esperarse de una obra elaborada exclusivamente por el esfuerzo intelectual humano.

La singularidad de la Biblia se manifiesta igualmente en la naturaleza de las verdades que proclama, en la pureza de la moral que enseña, en la esperanza que ofrece al pecador, en la majestad de sus declaraciones, en la sublimidad de sus demandas y en la irresistible autoridad con que interpela permanentemente la conciencia humana. Ningún otro libro describe con semejante precisión la condición caída del hombre y, al mismo tiempo, anuncia con tanta claridad la gracia salvadora de Dios manifestada en Jesucristo. Mientras toda religión concebida por el hombre propone diversos caminos mediante los cuales éste procura ascender hasta Dios por sus propios méritos, la Escritura anuncia exactamente lo contrario: es Dios quien, movido únicamente por su gracia, desciende hasta el hombre perdido para reconciliarlo consigo mediante la obra redentora de su Hijo. Desde el Génesis hasta el Apocalipsis, la Biblia desarrolla un único propósito redentor que avanza con admirable unidad a través de autores, épocas, idiomas, géneros literarios y circunstancias históricas profundamente diferentes entre sí. Esa extraordinaria armonía interna, mantenida durante más de mil quinientos años de composición, constituye uno de los testimonios más poderosos de su origen divino y de la dirección soberana del Espíritu Santo sobre toda la revelación escrita.

A este testimonio interno debe añadirse otro igualmente significativo: el de los frutos producidos por la Escritura en la vida de los hombres y en el desarrollo mismo de la historia. Ningún otro libro ha transformado de manera tan profunda la conciencia humana, la vida espiritual de millones de personas, la organización de la Iglesia y aun el curso de la civilización occidental. Allí donde la Biblia ha sido leída, predicada y creída, generaciones enteras han encontrado consuelo en medio del sufrimiento, fortaleza frente a la persecución, esperanza ante la muerte y la certeza del perdón de los pecados por medio de Cristo. Bajo su influencia se han levantado escuelas, universidades, hospitales, obras de misericordia y movimientos de reforma espiritual que han marcado profundamente la historia de numerosos pueblos.

³ Henry Rogers (1806–1877) fue un escritor, apologeta y ensayista congregacionalista inglés, reconocido por sus obras en defensa del cristianismo frente al racionalismo y el escepticismo del siglo XIX. La cita aquí utilizada procede de su conocida reflexión sobre el carácter único de las Sagradas Escrituras, ampliamente difundida en la literatura apologética protestante.

Pero, sobre todo, la Escritura ha producido aquello que ninguna obra humana puede producir por sí misma: el arrepentimiento del pecador, el nacimiento de la fe salvadora y la transformación del corazón por la acción eficaz del Espíritu Santo. No se trata únicamente de la influencia cultural de un libro extraordinario, sino del poder vivificante de la Palabra de Dios obrando eficazmente allí donde es anunciada y recibida con fe.

Precisamente a esa realidad se refería nuevamente Henry Rogers cuando escribió: «Guiados por sus enseñanzas, los hombres han sido traídos a ver a Dios, a amarle, confiar en él y servirle; han hallado un Salvador contra el pecado y un refuerzo de ayuda y esperanza en la lucha para alcanzar la justicia; han aprendido y practicado los principios más altos y puros de conducta entre sí; han recibido y nutrido una esperanza firme e inmarcesible de la vida eterna.»** Difícilmente podría resumirse con mayor precisión la obra que las Escrituras han realizado de manera continua durante veinte siglos. El testimonio que la Biblia ofrece acerca de sí misma encuentra así una constante confirmación en la experiencia histórica de la Iglesia. Su autoridad no descansa únicamente sobre las declaraciones explícitas de profetas, apóstoles o del mismo Señor Jesucristo, sino también sobre la evidencia permanente de que esta Palabra continúa realizando aquello para lo cual Dios la envió. Por ello, el cristiano no reconoce la autoridad de la Escritura únicamente porque ella afirme ser la Palabra de Dios, sino porque esa afirmación se ve confirmada incesantemente por su incomparable unidad, por la sublimidad de su doctrina, por la perfección de su mensaje redentor y por los frutos espirituales que únicamente la Palabra del Dios vivo ha sido capaz de producir en la historia de la humanidad.

Lo anterior nos conduce a considerar la fuerza y el valor de la experiencia cristiana, para confirmar el testimonio de la Biblia misma. No afirmamos que esta experiencia sea decisiva por sí misma; sino que tiene fuerte valor corroborativo. Esta experiencia es tanto individual como histórica.

Podemos decir que es la experiencia común -verdadera aunque por supuesto variada en su intensidad y lucidez- de todo cristiano que, al leer su Biblia, de algún modo Dios le habla. De ningún otro libro puede decirse semejante cosa. Este sentimiento ha sido bien expresado por el gran poeta, literato y filósofo Samuel Taylor Coleridge⁴ en el dicho: *"En la Biblia hay más motivos que impresionan mi alma, que los que encuentro en todos los demás libros juntos; las palabras de la Biblia impresionan más profundamente mi ser; y lo que me impresiona así trae consigo una evidencia irresistible de haber procedido del Espíritu Santo."*⁵

⁴ Samuel Taylor Coleridge (1772–1834), poeta, filósofo y crítico literario inglés. Sus reflexiones sobre la naturaleza y autoridad de las Sagradas Escrituras ejercieron una considerable influencia en el pensamiento religioso anglosajón del siglo XIX, especialmente en el ámbito de la apologética y la filosofía de la religión.

⁵ Coleridge, S. T. (1841). *Aids to Reflection*. William Pickering.

Esta experiencia común e individual es también histórica. En muchos de los credos cristianos, la primera declaración afirma la creencia de que la Biblia es la Palabra inspirada y autoritativa de Dios. Esto es terminante y no podemos negarlo con un movimiento de la mano como un mero “tradicionalismo.” La mayor parte de lo que sabemos y creemos sobre cualquier asunto es más o menos tradicional, esto es, nos ha sido transmitido desde el pasado; y no nos debe interesar el procedimiento seguido en la transmisión, sino el carácter y el contenido de lo transmitido. Y en el caso de un cuerpo de verdad grande y digno, el hecho de que ha sido aceptado comúnmente por gente seria y pensadora, aun en contra de los ataques rudos y repetidos de muchos y variados críticos y a través de muchas edades, no es argumento insignificante a su favor. Juzgada de esta manera la aceptación de la Biblia, por el consenso persistente de opinión cristiana, como la verdadera Palabra de Dios, es una creencia de la cual ninguna mente sincera necesita disculparse.

Ahora diremos una palabra acerca de los sesenta y seis libros contenidos en la Biblia. ¿Por qué sólo éstos y ningunos otros constituyen la Biblia? Sabemos que los treinta y nueve libros del Antiguo Testamento fueron aquellos que los judíos paulatinamente habían adoptado como sus libros sagrados, antes del tiempo de Cristo y los apóstoles, y que fueron reconocidos por nuestro Señor y sus adherentes como la Palabra inspirada de Dios. Sobre esta base fueron aceptados por los cristianos primitivos. Y así pasaron a nosotros. En cuanto al Nuevo Testamento es también un caso de experiencia cristiana y de dirección providencial a través de los siglos. Para la mitad del tercer siglo, los cristianos primitivos habían aceptado los veinte y siete libros del Nuevo Testamento como la verdadera Palabra de Dios y a su vez rechazado los mal llamados “Evangelios apócrifos”. Ninguna autoridad externa impuso esta creencia, sino que fue ratificada y ha existido a través de los siglos como el juicio general y la fe de los cristianos.

Los escritores humanos.

Al revelar su voluntad al hombre, Dios quiso hacerlo por medio de hombres verdaderos. Lejos de constituir una limitación de la revelación divina, este hecho manifiesta la sabiduría misma de Dios, quien escogió comunicarse utilizando instrumentos humanos sin que por ello su Palabra dejara de ser plenamente divina. Esta realidad aparece claramente expresada en 2 Pedro 1:19–21 respecto del Antiguo Testamento y, por legítima extensión, también respecto del Nuevo; del mismo modo, Hebreos 1:1–2 declara que Dios, habiendo hablado en otro tiempo por los profetas, finalmente habló por medio de su Hijo. La revelación bíblica no descendió del cielo en forma impersonal ni fue dictada mecánicamente a escribas pasivos; Dios utilizó hombres concretos, con historias personales, capacidades intelectuales, formación cultural, temperamentos y estilos literarios propios. Aprovechó sus idiomas, su contexto histórico, sus conocimientos, sus experiencias y aun las

circunstancias particulares de sus vidas para comunicar de manera perfecta aquello que quiso revelar. Por ello, el autor de la carta a los Hebreos afirma que Dios habló «muchas veces y de muchas maneras», indicando que la diversidad de formas literarias y de autores nunca constituyó un obstáculo para la unidad del mensaje divino. Esta doble realidad conduce a una conclusión ineludible: la Biblia es, simultáneamente y sin contradicción alguna, un libro plenamente humano y plenamente divino. No existe aquí oposición entre ambas naturalezas, sino una perfecta cooperación bajo la soberanía del Espíritu Santo. Dios no anuló la personalidad de los escritores, sino que la empleó como instrumento de su revelación, produciendo una obra cuya autoridad descansa precisamente en la unión inseparable de la acción divina y la participación humana.

Esta consideración posee, además, una consecuencia doctrinal de enorme importancia. La autoridad de las Escrituras se encuentra inseparablemente unida a la autenticidad de quienes las escribieron. Si los libros bíblicos fueron realmente compuestos por los autores que la propia Escritura identifica —Moisés, David, Isaías, Jeremías, Mateo, Juan, Pablo, Pedro y los demás escritores inspirados—, entonces el testimonio que contienen procede de hombres llamados y autorizados por Dios para hablar en su nombre. Pero si se rechaza sistemáticamente esa autoría, atribuyendo los libros a redactores anónimos, escuelas tardías o comunidades indefinidas, inevitablemente se debilita también la autoridad de su contenido. No se trata simplemente de una cuestión de crítica literaria o de reconstrucción histórica, sino de un problema profundamente teológico. La autoridad del Pentateuco, por ejemplo, se encuentra estrechamente relacionada con el ministerio de Moisés; la de las epístolas paulinas, con el apostolado de Pablo; y la del cuarto Evangelio, con el testimonio del apóstol Juan. Por esta razón, el rechazo de la autoría tradicional no constituye una discusión secundaria o meramente académica, sino que afecta directamente la comprensión de la inspiración, de la revelación y, finalmente, de la autoridad misma de las Escrituras. No resulta casual que gran parte de la crítica moderna haya comenzado cuestionando los autores antes de cuestionar el contenido; una vez debilitada la confianza en quienes escribieron, resulta mucho más sencillo relativizar aquello que escribieron.

Respecto de la manera concreta en que Dios comunicó su revelación a los escritores inspirados, las propias Escrituras no entregan una explicación exhaustiva, y la Iglesia ha sido prudente al reconocer los límites del conocimiento humano en esta materia. Conocemos el hecho de la inspiración porque Dios lo revela, aunque no poseamos una descripción detallada del modo en que esa acción sobrenatural se produjo en cada caso. Sin embargo, la Biblia ofrece suficientes indicios para comprender que existió una interacción real entre la iniciativa divina y la actividad consciente de los escritores. En Éxodo 17:14 encontramos el mandato explícito de Dios a Moisés: «Escribe esto para memoria en un libro»; posteriormente, en Éxodo 24:1–8 se registra cómo

Moisés escribió «todas las palabras de Jehová» en el denominado Libro del Pacto. Siglos más tarde, Jeremías declara con absoluta claridad que recibió de Dios la orden de tomar un rollo y escribir en él todas las palabras que Jehová le había hablado contra Judá y las naciones (Jer. 36:1–2). En todos estos casos aparecen claramente los dos elementos inseparables de la inspiración: Dios habla, pero el hombre escribe; Dios revela, pero el profeta redacta; Dios comunica su voluntad, pero lo hace utilizando la inteligencia, el lenguaje y la mano de un autor humano. La inspiración, por tanto, no elimina la actividad del escritor, sino que la dirige y la preserva para que el resultado final sea exactamente la Palabra que Dios quiso entregar a su pueblo.

El mismo principio puede observarse con igual claridad en el Nuevo Testamento. Pablo, probablemente el autor más prolífico del canon, afirma en 1 Corintios 2:6–16 que la sabiduría que anuncia no procede de la capacidad humana, sino de la revelación del Espíritu Santo; declara que habla «no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu Santo», culminando con la extraordinaria afirmación: «Nosotros tenemos la mente de Cristo». Pedro confirma esta realidad al recordar que ninguna profecía fue producida por voluntad humana, sino que «los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo» (2 P. 1:20–21), y más adelante reconoce expresamente que Pablo escribió «según la sabiduría que le ha sido dada», colocando sus cartas entre «las otras Escrituras» (2 P. 3:15–16). Particularmente ilustrativo resulta también el caso de Lucas, cuya formación, capacidad investigativa y rigurosidad histórica fueron utilizadas providencialmente por Dios para la redacción del tercer Evangelio y del libro de los Hechos. En los prólogos de ambas obras (Lc. 1:1–4; Hch. 1:1), el propio evangelista describe cuidadosamente su método de investigación, el examen de las fuentes y el propósito de su trabajo. Nada de ello disminuye la inspiración divina; por el contrario, demuestra que el Espíritu Santo no anuló las capacidades humanas, sino que las empleó soberanamente para producir un registro histórico absolutamente confiable. En la inspiración bíblica, la actividad divina y la actividad humana no se excluyen, sino que convergen armónicamente bajo la dirección del Dios que quiso revelarse por medio de hombres verdaderos para entregar a su Iglesia una Palabra igualmente verdadera, plenamente autoritativa y digna de absoluta confianza.

Los medios empleados para escribir.

Al considerar la doctrina de la inspiración bíblica, no basta con examinar únicamente a los autores humanos escogidos por Dios; resulta igualmente necesario detenerse en los medios concretos mediante los cuales esa revelación fue consignada por escrito y preservada para las generaciones futuras. Bajo este aspecto deben incluirse los idiomas utilizados, los materiales empleados para la escritura y los diversos procedimientos por los cuales los escritores inspirados comunicaron la Palabra de Dios a sus contemporáneos y,

al mismo tiempo, hicieron posible que esa misma revelación llegara intacta hasta nuestros días. La inspiración divina no eliminó las circunstancias históricas propias de cada autor ni creó un medio extraordinario de comunicación desligado de la realidad humana. Por el contrario, Dios quiso servirse de los recursos ordinarios disponibles en cada época para transmitir una revelación extraordinaria. Así, la Escritura manifiesta nuevamente esa perfecta armonía entre la acción soberana de Dios y los medios providenciales por Él mismo preparados para la conservación de su Palabra. Lo sobrenatural no sustituyó lo natural, sino que lo gobernó y lo santificó para cumplir un propósito infinitamente superior: que la revelación divina pudiera ser conocida por todas las generaciones hasta el fin de los tiempos.

Sabemos que el Antiguo Testamento fue escrito, casi en su totalidad, en lengua hebrea, mientras que el Nuevo Testamento fue redactado en el griego ****koiné****, el idioma común del Mediterráneo oriental durante el siglo I. El hebreo, lengua del pueblo del pacto, dejó paulatinamente de utilizarse como idioma cotidiano después del cautiverio babilónico, siendo reemplazado por el arameo, una lengua estrechamente emparentada con él y ampliamente difundida en Siria, Mesopotamia y Palestina. El propio Señor Jesucristo y sus discípulos emplearon habitualmente el arameo en la vida diaria, aunque las Escrituras inspiradas del Nuevo Testamento fueron escritas en griego, precisamente porque éste constituía el idioma de mayor difusión dentro del Imperio Romano y permitía que el Evangelio alcanzara con rapidez a judíos y gentiles. Este hecho posee un profundo significado providencial. Dios no escogió lenguas misteriosas reservadas para una élite religiosa, sino idiomas vivos, conocidos y comprendidos por quienes recibirían inicialmente la revelación. Los escritores inspirados comunicaron con absoluta naturalidad aquello que Dios les reveló, utilizando las estructuras gramaticales, el vocabulario y las expresiones propias de las lenguas que ellos mismos hablaban y que sus lectores podían comprender. La inspiración, por tanto, no transformó el hebreo ni el griego en idiomas sagrados en sí mismos, sino que santificó su uso para convertirlos en vehículos de la revelación divina.

Los materiales empleados para consignar esa revelación fueron igualmente los propios de la antigüedad. Entre ellos destacan el papiro, la tinta y la pluma, elementos cuya utilización aparece reflejada incluso en el propio texto bíblico (2 Jn. 12; 3 Jn. 13). El papiro, elaborado a partir de la planta del mismo nombre mediante la superposición y prensado de finas tiras de su médula, constituyó el principal soporte para la escritura durante siglos, hasta que el pergamino comenzó a difundirse ampliamente, especialmente en los primeros siglos de la era cristiana. Este último ofrecía una resistencia muy superior y facilitó considerablemente la conservación y reproducción de manuscritos destinados a un uso prolongado. La tinta, preparada generalmente con hollín mezclado con goma vegetal, ha demostrado poseer una extraordinaria durabilidad, como lo evidencian numerosos papiros conservados hasta nuestros días. En cuanto a los instrumentos de escritura,

inicialmente se utilizaron cálamos elaborados con cañas afiladas y, posteriormente, plumas confeccionadas con cañones de aves. Todos estos recursos, aparentemente modestos desde la perspectiva actual, fueron providencialmente suficientes para que la Palabra de Dios quedara fijada de manera permanente. No fueron los materiales los que otorgaron autoridad a las Escrituras, sino la revelación divina que ellos contenían. Sin embargo, resulta admirable contemplar cómo Dios quiso servirse de elementos tan comunes para preservar el mensaje más extraordinario jamás confiado al hombre.

El proceso mismo de redacción también pone de manifiesto la perfecta cooperación entre la acción divina y la participación humana. En la mayoría de los casos fueron los propios autores quienes escribieron directamente aquello que Dios les revelaba; sin embargo, las Escrituras muestran igualmente el uso de amanuenses o escribas que colaboraban materialmente en la redacción de determinados libros. Jeremías recurrió a Baruc para consignar por escrito las palabras que había recibido del Señor (Jer. 36), mientras que el apóstol Pablo utilizó a Tercio para la redacción de la Epístola a los Romanos (Ro. 16:22). Diversos pasajes (2 Ts. 3:17; Gá. 6:11; 1 Co. 16:21; Col. 4:18) permiten comprender que ésta fue una práctica relativamente frecuente en el ministerio paulino, reservándose el apóstol la salutación final escrita de su propia mano como señal de autenticidad. Ignoramos si estos amanuenses escribían directamente al dictado o si utilizaban formas antiguas de escritura abreviada para luego elaborar la copia definitiva, pues ambas modalidades eran conocidas en el mundo antiguo. Sin embargo, esta cuestión resulta secundaria frente a la verdad fundamental que las Escrituras enseñan. Tanto si el autor escribía personalmente como si recurría a un escriba, el verdadero Autor continuaba siendo Dios mismo. Los medios humanos jamás disminuyeron el origen divino de la revelación. Por el contrario, fueron precisamente esos medios los que el Espíritu Santo quiso utilizar para entregar fielmente su Palabra a la Iglesia. Debe afirmarse, además, que los autores humanos, desde Moisés hasta el apóstol Juan, nunca actuaron como creadores independientes del mensaje que transmitían. No escribieron sus propias opiniones religiosas ni elaboraron reflexiones personales acerca de Dios para luego atribuirles autoridad divina. Fueron receptores de una revelación objetiva cuyo contenido procedía enteramente del Señor. En este sentido, la iniciativa perteneció siempre a Dios y nunca al hombre. Los escritores participaron verdaderamente en la redacción del texto inspirado, pero la verdad comunicada, la autoridad del mensaje y el origen de la revelación pertenecían exclusivamente al Dios que habló por medio de ellos. De este modo, la Escritura permanece siendo, de principio a fin, auténticamente humana en su redacción y plenamente divina en su origen, autoridad y contenido.

Lenguas originales

Uno de los estudios más valiosos y fascinantes es el de las lenguas bíblicas. Como en el caso de cualquiera otra ciencia bíblica hay un gran cuerpo de hechos y una gran aglomeración de problemas que considerar en su estudio. Contra lo mucho que sabemos está lo mucho más que no sabemos. Y, como en todas las demás ciencias, debemos cuidar de distinguir entre hechos comprobables y teorías respecto al origen y desarrollo del lenguaje humano y sus muchas manifestaciones. La misma palabra "lenguaje" significa "el uso de la lengua," y la palabra "lengua" con frecuencia se usa figuradamente por lo que la lengua, ayudada por otros órganos vocales, expresa sonidos y palabras. Así la idea de una palabra es primero un sonido producido principalmente con la lengua y tiene el propósito de comunicar pensamiento. Además de esto tenemos lenguaje escrito; esto es, el uso de signos y marcas para mostrar al ojo lo que ha sido pronunciado o puede pronunciarse por la lengua. Entonces el escribir estas letras y palabras y conservarlas sobre papiros y pieles vinieron a debido tiempo y se formaron manuscritos; después vinieron la imprenta y los libros. Pues bien, muchos de los lenguajes antiguos, en las formas exactas usadas por las distintas razas y grupos de hombres han dejado de usarse tanto en el habla como en la escritura; pero muchos ejemplos interesantes y valiosos de su literatura nos legaron. Así tenemos nuestro Antiguo Testamento en el Hebreo y nuestro Nuevo Testamento en el griego; y de éstos, traducciones en otras lenguas.

El Hebreo del Antiguo Testamento.

La antigua lengua hebrea en que fueron escritos los treinta y nueve libros del Antiguo Testamento, hace mucho dejó de hablarse y escribirse como lengua viva. Esto fue a causa del cautiverio de un gran número de los judíos en Babilonia, la invasión de la tierra nativa por otros pueblos y la dispersión de multitudes de hebreos por toda la tierra. Como hemos visto, pusieron mucho cuidado en copiar y conservar sus escritos sagrados en la lengua antigua, y éstas son las Escrituras que tenemos en la actualidad. El lenguaje que siguió inmediatamente, aunque quizás paulatinamente al antiguo Hebreo, fue un idioma o dialecto cercanamente relacionado con él, llamado con los nombres de siríaco, caldeo y aramaico, siendo el último término el que se emplea generalmente en la actualidad por los eruditos, como el más exacto.

De hecho, debemos recordar que en la época de Jesús, el hebreo antiguo, si bien no era una lengua muerta, era al menos, una lengua en franco desuso. Por ejemplo, sería muy osado, sino errado, afirmar que la lengua en la que Jesús predicó el Sermón del Monte, haya sido la misma en la que escribió Moisés escribió los 10 Mandamientos o Salomón para escribir los Proverbios. No hablamos de un cambio de lenguaje de manera artificial, sino de cambio en la lengua de manera natural. Es, por ejemplo, como que

leyésemos hoy la Biblia del Oso traducida por Casiodoro de Reina en 1569, que si bien es lengua castellana, es un castellano básicamente inentendible, imposible de usar en nuestros cultos. O si queremos un ejemplo de literatura teológica de la época de la Reforma, el texto traducido al castellano más antiguo es la Institución de la Religión Cristiana, de Juan Calvino, traducido por el mismísimo Cipriano de Valera en 1597, que igualmente utiliza un castellano absolutamente en desuso, con gramática y ortografía sumamente arcaica.

Es interesante notar que esta lengua aparece en unos cuantos pasajes del Antiguo Testamento, escritos durante el cautiverio. En tiempos modernos el único idioma usado que está relacionado con el Hebreo es el Yiddish, que se imprime con caracteres hebreos y se habla principalmente en la parte oriental de Europa. The Standard Dictionary afirma que no tiene sino veinte por ciento de caracteres hebreos, el 70 % del alemán y el 10 % del eslavo. El alfabeto hebreo consistía de 22 letras, de las cuales las primeras dos, aleph y beth, pasaron al griego como alpha y beta, y nos dan nuestra palabra "alfabeto" como el nombre de la lista de letras de todo idioma. Todas las letras hebreas eran consonantes con excepción de dos, aleph y ayin, que parecen haber tenido accidentalmente algún valor de tipo consonante, pero se ha perdido éste y, no obstante, viven meramente como signos bajo los cuales se escriben los puntos vitales. Las vocales tenían que ser suplidas por el lector. No fue sino hasta la Edad Media, probablemente entre los siglos 6º y 7º DC que fueron inventados los puntos vocales y escritos con las consonantes, a fin de conservar o armonizar la pronunciación. Los renglones en el hebreo, en los escritos e impresos, corren de derecha a izquierda, en lugar de izquierda a derecha como usamos nosotros. Las letras tienen pocas curvas y son cuadradas, tiezas y sin gracia. Como está ahora impreso con los puntos vocales el hebreo es algo difícil de aprenderse y leerse. Pero es muy importante conocer aun poco de él, puesto que aun con eso se puede ayudar uno para entender mejor el Antiguo Testamento.

El lenguaje tiene muchas hermosuras y con algún conocimiento de él, se usó de vehículo admirable para dar a conocer la verdad de Dios al pueblo que lo hablaba y lo escribía. Su estilo de narración es caracterizado por gran sencillez, rectitud y encanto. Sus porciones oratorias, en Deuteronomio, los profetas y discursos ocasionales en la narración, están llenos de imaginación, energía y apelación. Su poesía es rítmica sin limitarse a metros y rima en pensamiento mejor que en sonido, un método conocido como el "paralelismo." Por la influencia de la Biblia algunas palabras, frases y modos de expresión hebreos han sido adoptados y perpetuados en inglés, castellano, alemán y otras lenguas modernas.

El Griego del Nuevo Testamento.

Curiosamente, a diferencia de la creencia popular, es un idioma que en teoría es más fácil de aprender que el hebreo bíblico. Eso suele creerse a causa de lo complejo de las letras hebreas y que se escribe de manera anversa. Sin embargo se olvida que el idioma griego es un idioma mucho más complejo, sofisticado, con muchas más conjugaciones verbales. A su vez tuvo un alcance cultural y geográfico gigantesco comparado con el hebreo. Cualquiera que sepa algo de historia o literatura no necesita que le informemos, que el griego siempre ha sido uno de los más grandes idiomas de la historia de la humanidad, y es absurdo llamarlo un "idioma muerto." Ha pasado por muchos cambios en su forma y estructura; sin embargo, tiene mucho de vida y la ha tenido por más de tres mil años. El lenguaje de los periódicos vendidos en las calles de Atenas hoy en día se diferencia en muchos detalles del de los griegos quienes hablaron y escribieron siglos antes de que Homero compusiera sus poemas inmortales; pero es histórica y orgánicamente el mismo lenguaje. Su servidor tiene la bendición de poseer una Biblia en lengua griega moderna, y el tipo de letras y orden gramatical es en esencia el mismo que el del Textus Receptus, el Nestle Alland o el Wescott y Hort. De muchos modos el lenguaje de estas distintas edades ha sido conservado. Hay muchísimas inscripciones de muchísimas clases que han sido descifradas y leídas, hay muchas vasijas de barro sobre las cuales han sido estampados frases y nombres (llamadas ostraka), hay miles de papiros no literarios, tales como cuentas, declaraciones, etc. También hay manuscritos en papiros y pergaminos, y, finalmente, libros impresos, como ya hemos visto.

Los escritos del Nuevo Testamento, como sabemos, fueron conservados principalmente manuscritos en vitela o pergamino, pero también se usó el papiro hasta la invención de la imprenta. La comparación del lenguaje del Nuevo Testamento con el del tiempo de los grandes escritores Aticos muestra que era el lenguaje del día, la lengua "común" que fue hablada y escrita por el pueblo en todo el mundo en tiempo de nuestro Señor y sus Apóstoles. Por las conquistas de Alejandro y el comercio y la actividad intelectual del pueblo que hablaba el griego, su lenguaje ha llegado a ser un idioma mundial. En la providencia de Dios, en aquel tiempo especial, este maravilloso idioma estuvo listo para ser el medio de comunicar su Evangelio a la humanidad. Se cree, con buena razón, que nuestro Señor Jesús hablaba el griego, pero cuánto de él mezclado con el aramaico vernáculo, es imposible determinar. La epístola de Santiago, su medio hermano, está escrita en excelente griego, y, como sabemos, todos los escritos del Nuevo Testamento están en ese idioma. Sin duda alguna, el griego Koiné, debe estar lejos de ser considerado una lengua de segunda categoría comparada frente al griego clásico o a la llegada posterior del idioma latín.

Habiendo ya revisado el tema de las lenguas originales, está, por cierto, el complejo y polémico de los "textos originales". A muchos cristianos devotos

les agobia la inexistencia de los rollos, papiros o documentos que tuvieron las letras de David, Salomón, Isaías, los autores de los Evangelios, por supuesto Pablo, etcétera. Se llega a afirmar por no pocos creyentes que si existiesen dichos textos originales, la fe de los cristianos podría ser más fuerte y los ojos de los escépticos e incrédulos se abrirían. Pues al respecto: ¿necesitamos como creyentes de la existencia de documentos de hace más de 2000 años para que el don de la fe habite en nosotros? Pues al ser la fe un don divino, espero que no. Y sobre los escépticos, ¿cree usted que un incrédulo realmente estaría dispuesto a dejar de lado su incredulidad por tener dichos documentos a la mano? Lo dudo mucho. El mismo adalid del ateísmo moderno, el inglés Richard Dawkins, afirma sin vergüenza alguna que si Dios le hablase, creería que tomó demasiadas botellas de whisky. En otras palabras, prefiere ser reconocido como un ebrio, antes que aceptar la existencia de Dios. Siendo así, ¿por qué suponer que sería distinto con la Biblia? Y lo que en mi opinión es peor aún: si existiesen los documentos originales, en vista de la naturaleza del ser humano, con toda seguridad, dichos documentos se convertirían en un objeto de algún grado de idolatría, y la gente se preocuparía más de dichos documentos, del trozo de papel o pergamino, que del contenido de los mismos. Algo no muy distinto a lo que sucede con muchas personas respecto del “Muro de los Lamentos” en Jerusalén, que con cristianos incluidos, viajan desde todas partes del mundo, esperando volver de allí con más fe de la que antes tenían.

Ahora que ya estamos a casi 2000 años de que se finalizó la redacción de la Biblia, podemos pensar que sin lugar a dudas, uno de los mejores servicios hechos por causa de la Reforma Luterana a la humanidad, fue la traducción de la Biblia al alemán por el Dr. Martin Luther. Desde la versión gótica de ulfilas se habían hecho versiones alemanas y algunas fueron usadas por el mismo Lutero, quién también se ayudó de la vulgata, sin embargo tradujo del Hebreo y Griego de que ya hemos hablado. Realizó su traducción del Nuevo Testamento en tres meses y se publicó en 1522. El Antiguo Testamento se terminó de traducir en 1532 y fue revisado hasta 1545. El fruto del paso de Lutero en el castillo de Wartburg, y la obra más magnánima de toda su vida, es la traducción del Nuevo Testamento, en la cual presentó la enseñanza y el ejemplo de Cristo y los Apóstoles a la mente y el corazón del pueblo alemán de su época reproduciéndolos de manera viva. Hizo que la Biblia fuese el libro del pueblo en la Iglesia, la escuela y el hogar. Si no hubiera hecho otra cosa en pro de la Reforma, bastaría con eso para que fuese uno de los más grandes hombres de la cultura alemana. Su versión fue seguida por versiones protestantes en otros idiomas, especialmente en el francés, el holandés y el inglés. La Biblia dejó de ser un libro extranjero en lengua extranjera y llegó a ser naturalizada y, por esto, mucho más clara al pueblo en general. Desde entonces la Reforma ya no dependía de las obras y libros de los reformadores, sino del Libro de Dios, el cual todo el mundo podía leer por sí mismo como su guía diaria en la vida espiritual. Esta bendición inestimable de una Biblia abierta para todos sin el permiso o la intervención

del jerarca eclesiástico de turno, inquisidores incluidos, marca un adelanto inmenso en la historia eclesiástica, en la difusión del pensamiento y la cultura, el cual no puede perderse nunca. Incluso nosotros como hispanoparlantes, pese a todas las proscripciones que sufrió la circulación bíblica desde que se inició la Reforma, podemos sentirnos privilegiados y bendecidos de que la fabulosa obra literaria conocida como la “Biblia del Oso”, la Biblia traducida por Casiodoro de Reina publicada en Frankfurt, actualmente Alemania, el 27 de septiembre de 1569, bendición que existió incluso antes que la traducción de la Biblia al inglés, la King James Version, recién de 1611. La diferencia es que el magnánimo trabajo de Casiodoro de Reina lo realizó bajo la proscripción y con el riesgo de ser ejecutado, a causa de ser declarado “heresiarca”, o hereje dentro de los herejes, mientras que la comisión King James, con sus 47 miembros, pudo realizar su labor con toda tranquilidad, recursos, incluso la aprobación del Rey de Inglaterra, el hombre más poderoso del mundo de su época.

La Biblia para nosotros hoy.

Después de haber considerado qué es la Biblia, cuál es su origen, quién es su verdadero Autor, quiénes fueron sus escritores humanos, de qué manera fue preservada y cuál es el mensaje que comunica a la humanidad, resulta inevitable dirigir la atención hacia una última cuestión: la responsabilidad que recae sobre la Iglesia frente a las Sagradas Escrituras en el contexto del mundo contemporáneo. Ninguna reflexión acerca de la doctrina de la Escritura puede considerarse completa si permanece únicamente en el ámbito de la teoría. La revelación divina exige inevitablemente una respuesta por parte de quienes la han recibido. La Iglesia no ha sido llamada únicamente a confesar la autoridad de la Biblia, sino también a vivir bajo ella, preservarla fielmente y transmitirla íntegra a las generaciones presentes y futuras. De este modo, el estudio de la naturaleza, inspiración, autoridad e inerrancia de las Escrituras encuentra su consecuencia práctica en la misión permanente de hacer que la Palabra de Dios continúe siendo conocida allí donde aún permanece ignorada o ha sido desplazada por las múltiples voces de una cultura cada vez más secularizada.

Bajo esta perspectiva, resulta tan evidente como ineludible afirmar que, considerando el contenido del mensaje bíblico y la profunda necesidad espiritual que caracteriza al hombre contemporáneo, una de las responsabilidades fundamentales del pueblo cristiano consiste en poner las Sagradas Escrituras al alcance del mundo. La creciente secularización de la sociedad, el progresivo abandono de la verdad revelada y la sustitución de la autoridad bíblica por criterios puramente subjetivos hacen que esta tarea adquiera una urgencia aún mayor que en épocas anteriores. No se trata simplemente de distribuir ejemplares de la Biblia ni de fomentar su lectura como un ejercicio cultural o religioso, sino de procurar que la Palabra inspirada de Dios continúe siendo conocida, estudiada, predicada y obedecida como la

única norma infalible de la fe y de la vida cristiana. Esta responsabilidad exige mucho más que entusiasmo momentáneo; demanda una reflexión seria, una convicción doctrinal firme y un compromiso permanente con la proclamación fiel de las Escrituras. Solo una Iglesia que permanece sometida a la autoridad de la Palabra podrá cumplir verdaderamente la misión que Cristo le ha confiado y responder con fidelidad a las necesidades espirituales de una humanidad que, hoy como ayer, continúa necesitando escuchar la voz del Dios vivo.

La Biblia, lejos de constituir un simple vestigio de la antigüedad o un documento perteneciente exclusivamente al pasado, permanece como la fuente permanente de la revelación divina y continúa ejerciendo una influencia decisiva sobre la vida de la Iglesia y de la humanidad. A lo largo de los siglos ha modelado el desarrollo de la civilización, inspirado profundas transformaciones sociales, sustentado los más elevados principios de justicia y dignidad humana, y ofrecido consuelo, esperanza y certeza allí donde el sufrimiento, la incertidumbre y la desesperanza parecían prevalecer. Pero su verdadera trascendencia no radica únicamente en la magnitud de su influencia histórica, sino en el hecho de que continúa siendo la Palabra viva de Dios, mediante la cual el Señor sigue llamando al arrepentimiento, fortaleciendo la fe, consolando a su pueblo y revelando con absoluta claridad el camino de la salvación en Jesucristo. Cada uno de sus libros, tanto aquellos ampliamente conocidos como los menos frecuentados por el lector común, forma parte de una única revelación cuyo centro permanente es la obra redentora de Cristo y cuyo propósito continúa siendo conducir al hombre al conocimiento de Dios. Comprender, estudiar y valorar este incomparable legado no significa únicamente aproximarse a una de las obras más influyentes de la historia universal; significa reconocer la autoridad de la única Revelación escrita que Dios ha concedido a la humanidad y asumir la responsabilidad de conservarla, proclamarla y transmitirla fielmente a las generaciones venideras. En definitiva, la Biblia no pertenece únicamente al pasado ni limita su mensaje al presente, sino que permanece como la norma suprema de la fe cristiana, el fundamento permanente de la Iglesia y la única voz verdaderamente autoritativa que continúa iluminando el camino del hombre hacia la eternidad.

Citaré, a continuación, algunos ejemplos concretos que permiten apreciar con claridad la extraordinaria influencia que las Sagradas Escrituras han ejercido sobre la historia, el pensamiento y la vida de la humanidad:

- La Biblia y la Música: Johan Sebastian Bach y George F. Handel, F. Mendelssohn.
- La Biblia y la ciencia: Gotfried Leibniz y Francis Bacon.
- La Biblia y la abolición de la esclavitud: William Wilberforce.
- La Biblia y la política: Los Padres fundadores de EEUU.
- La Biblia y la Ética: John Locke, Adam Smith.
- La Biblia y la filosofía: Soren Kierkegaard.
- La Biblia y el perdón y la reconciliación: Abraham Lincoln.

- La Biblia y la valoración del trabajo: Max Weber.

Siendo así, colocar la Palabra de Dios en cada hogar, en cada lengua y en cada vida sobre la faz de la tierra constituye una de las responsabilidades más elevadas que Cristo ha confiado a su Iglesia. No se trata simplemente de multiplicar ejemplares de un libro extraordinario ni de preservar una obra de incalculable valor histórico, sino de poner al alcance de todos los hombres la única Revelación escrita que Dios ha concedido para darse a conocer con certeza y conducir al pecador al conocimiento de la verdad y de la salvación. En consecuencia, la traducción, preservación, enseñanza y proclamación de las Sagradas Escrituras forman parte inseparable de la misión de la Iglesia desde la época apostólica hasta nuestros días. Allí donde la Palabra de Dios es fielmente anunciada, Dios mismo continúa obrando por medio de ella conforme a su promesa; por ello, el gran ideal de que «la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar» (Is. 11:9) no constituye una aspiración meramente piadosa, sino una de las grandes certezas que descansan sobre la fidelidad del Dios que habla y cumple cuanto ha prometido.

¿Y esto por qué? **Porque como cristianos podemos, o más bien debemos, afirmar que lo que con Cristo es alcanzable, de la mano de Cristo debe hacerse realidad.** La redención consumada por nuestro Señor no permanece confinada al acontecimiento histórico de la cruz, sino que es comunicada eficazmente a los hombres mediante la proclamación de su Palabra. Precisamente por ello, la Biblia constituye la herencia más preciosa que Dios ha confiado a su Iglesia y, al mismo tiempo, el legado más valioso que ésta puede transmitir a las generaciones futuras. Ningún patrimonio cultural, filosófico o material posee un valor comparable con la responsabilidad de conservar íntegra la Revelación divina y entregarla fielmente a quienes vendrán después de nosotros. Cada generación recibe las Escrituras de quienes la precedieron y asume, delante de Dios y de la historia, el deber de preservarlas con la misma fidelidad para quienes aún no han nacido. Allí radica una de las responsabilidades permanentes del pueblo cristiano y una de las expresiones más elevadas de su fidelidad al Señor de la Iglesia. Bajo esa convicción adquieren una fuerza extraordinaria las palabras que el Reformador Martín Lutero pronunció el 18 de abril de 1521 ante el emperador Carlos V, en la Dieta de Worms, palabras que han permanecido como una de las confesiones más elocuentes acerca de la autoridad suprema de las Sagradas Escrituras: «Mi conciencia está cautiva de la Palabra de Dios.» Esa afirmación no pertenece únicamente a un momento decisivo de la Reforma; resume, en realidad, la posición permanente de toda auténtica teología cristiana que reconoce en la Escritura la voz misma de Dios, la autoridad definitiva para la fe y la vida, y el legado imperecedero que la Iglesia está llamada a custodiar y transmitir hasta el fin de los tiempos.

Bibliografía

- Adams, J. Q. (2002). *The biblical lessons of John Quincy Adams for his son*. Vision Forum.
- Calvino, J. (1994). *Institución de la religión cristiana*. Fundación Editorial de Literatura Reformada FELiRe.
- Edersheim, A. (1997). *Usos y costumbres de los judíos en los tiempos de Cristo*. Editorial Clie.
- García-Villoslada, R. (2008). *Martín Lutero. I: El fraile hambriento de Dios* (Vol. 1). Biblioteca de Autores Cristianos.
- García-Villoslada, R. (2008). *Martín Lutero. II: En lucha contra Roma* (Vol. 2). Biblioteca de Autores Cristianos.
- Lutero, M. (2017). *Obras* (T. Egido, Ed.). Ediciones Sígueme.
- Messmer, A. (Ed.). (2020). *Casiodoro de Reina: su vida, Biblia y teología*. Editorial Clie.
- Schmidt, A. J. (2004). *Impacto demoledor: Cómo el cristianismo ha transformado la civilización*. Editorial Vida.

www.escriturayverdad.cl